

¡Candela! (parte 2)

Autor: Manuel Olivera Gómez

Categoría: Cuentos

Publicado el: 29/09/2015

¡CANDELA! (parte 2)

La primera vez que entró a la habitación venía vestida como para una fiesta. Hasta traía un moño levantado a base de laca y adornado con una flor plástica. Nerviosamente, su mirada recorrió todo el lugar, deteniéndose en la foto de Ernest Hemingway que Csába tenía colgada encima de su cama. Con toda la ingenuidad del mundo le preguntó a Fernando:

-¿Ese viejo es tu papá?

Y la carcajada de burla, contenida hasta ese momento, estalló no sólo de las gargantas cubanas, sino de las de un costarricense y una húngara amiga que entendía perfectamente el español.

Los lunes, apenas amanecía, Gisela acompañaba a Fernando hasta el balcón de la biblioteca situada en el primer piso. Con el auxilio de una sábana, él la hacía descender hasta el suelo, mientras el viento alborotaba su pelo duro de mulata, abriéndolo como un abanico. Fernando, con las chancletas entre la nieve del balcón sostenía la sábana y constantemente la mandaba a callar, pues ella gritaba de miedo al verse suspendida a más de un metro de la tierra firme. Las personas que a aquella hora esperaban el ómnibus, miraban extrañados la escena, sin entender qué podía

hacer una mulata escapando como un prisionero de un colegio universitario.

Pero el amor es así, y muchas veces no está exento de humillaciones; sobre todo si se trata de un amor no correspondido.

La noche del suceso Fernando había salido desde por la tarde. Era su cumpleaños, y tenía otras urgencias que cumplir en el corazón de la urbe. Gisela se quedó como siempre junto al fogón, preparándolo todo para la fiesta de por la noche.

Cuando él apareció, con sólo mirarle a los ojos Gisela pudo darse cuenta de que estaba borracho. Poseída de un ataque de celos comenzó a reclamarle, pero él la tomó con fuerza por los hombros y la hizo arrodillarse ante su portañuela. Sacó el miembro y como era ya habitual, la obligó a introducirse en la boca. Ella notó primero el hedor, y más tarde el sabor.

-¡Maricón! ¡Dios mío! ¡Tienes el rabo embarrado de mierda! -gritó desesperada, mientras escupía el piso.

Sacando fuerzas de la soberbia, lo empujó contra la cama, y buscó con la mirada algo para golpearlo. Vio la botella de vodka que esa misma mañana había robado en el mercado, y haciendo gala de una puntería insospechada la estrelló fuertemente contra su cabeza.

Fernando se desmayó, y comenzó a sangrar. Pero ella no lo veía. Sus sentidos estaban nublados por el dolor y el asco.

-¡Candela! ¡Te voy a dar candela, hijo de puta! -gritaba.

Los húngaros acudieron en masa al oír el escándalo. "Candela, candela" trataban de repetir divertidos y con su peculiar acento, la frase que venía de la habitación. Pero cuando se dieron cuenta de que la discusión era seria, y que las sábanas de la cama habían comenzado a arder, la diversión se transformó en terror. Por suerte, en medio de la confusión, uno de ellos atinó a tomar el extintor que desde hacía años descansaba ocioso en una esquina del pasillo.

La habitación se llenó de espuma. A Gisela la sacaron presa aún de su ataque de histeria. "¡Candela! ¡Candela!", no dejaba de repetir mientras tres hombres la conducían escaleras abajo. Fernando comenzaba entonces a recuperar la conciencia.

La dirección del colegio expulsó a la tía americana. La embajada cubana hizo lo mismo con Gisela y Fernando. Sólo que él jamás llegó a La Habana. Cuando el avión hizo escala técnica en la isla canadiense de Gander, se escabulló hasta el baño del aeropuerto. En una puerta descubrió un pene gigante dibujado a lápiz, y junto a él un cartel: "Por aquí pasó Armandito, el sabroso de Santa Clara". Esta obra, sin dudas de alguno de sus compatriotas, lo hizo vacilar un instante. También él era de esa ciudad. Pensó en sus padres, y en la maleta con regalos que serían decomisados si decidía exilarse. "Con el trabajo que me costó comprar todo eso" se dijo en un suspiro, pero ni siquiera esto lo hizo volverse atrás.

Diez años han pasado desde entonces. Según los padres, a quienes visito con cierta regularidad, poco tiempo después de pedir el asilo político, Fernando se unió en matrimonio a una canadiense. Los he visto en fotos. También a sus dos hijos, y a la hermosa casa con techo a dos aguas que están pagando en un lujoso barrio de Toronto. En la última carta, mandan a decir que esta primavera piensan hacer turismo en Cuba.

Gisela por su parte, volvió a enamorarse perdidamente en cuanto pisó tierra cubana. Pero tampoco esta vez fue correspondida. El novio, luego de un romance que duró algunos meses, la

abandonó al saber que estaba embarazada. En venganza, ella se encerró en el cuarto de desahogo que tenía su madre al final del patio, y tentada de nuevo por el reino de Lucifer, terminó sus días entregándose voluntariamente al fragor de una candela.

Publicado bajo licencia [Creative Commons BY-NC-ND](#)

Enlace original del relato: [ir al relato](#)

Otros relatos del mismo autor: [Manuel Olivera Gómez](#)

Más relatos de la categoría: [Cuentos](#)

Muchos más relatos en: [cortorelatos.com](#)